

Octubre 11

Parábola de la gran cena

Lc. 14.15-24

15 Oyendo esto uno de los que estaban sentados con él a la mesa, le dijo:

—¡Bienaventurado el que coma pan en el reino de Dios!

16 Entonces Jesús le dijo: «Un hombre hizo una gran cena y convidó a muchos.17 A la hora de la cena envió a su siervo a decir a los convidados: “Venid, que ya todo está preparado”.18 Pero todos a una comenzaron a excusarse. El primero dijo: “He comprado una hacienda y necesito ir a verla. Te ruego que me excuses”.19 Otro dijo: “He comprado cinco yuntas de bueyes y voy a probarlos. Te ruego que me excuses”.20 Y otro dijo: “Acabo de casarme y por tanto no puedo ir”.21 El siervo regresó e hizo saber estas cosas a su señor. Entonces, enojado el padre de familia, dijo a su siervo: “Ve pronto por las plazas y las calles de la ciudad, y trae acá a los pobres, a los mancos, a los cojos y a los ciegos”.22 Dijo el siervo: “Señor, se ha hecho como mandaste y aún hay lugar”.23 Dijo el señor al siervo: “Ve por los caminos y por los vallados, y fuérganos a entrar para que se llene mi casa,24 pues os digo que ninguno de aquellos hombres que fueron convidados gustará mi cena”».

La parábola de la oveja perdida

Mt. 18.10-14

10 »Mirad que no menospreciéis a uno de estos pequeños, porque os digo que sus ángeles en los cielos ven siempre el rostro de mi Padre que está en los cielos,11 porque el Hijo del hombre ha venido para salvar lo que se había perdido.

12 »¿Qué os parece? Si un hombre tiene cien ovejas y se descarria una de ellas, ¿no deja las noventa y nueve y va por los montes a buscar la que se ha descarriado?13 Y si acontece que la encuentra, de cierto os digo que se regocija más por aquella que por las noventa y nueve que no se descarriaron.14 De igual modo, no es la voluntad de vuestro Padre que está en los cielos que se pierda uno de estos pequeños.

Lc. 15.1-7

1 Se acercaban a Jesús todos los publicanos y pecadores para oírlo,2 y los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo:

—Este recibe a los pecadores y come con ellos.

3 Entonces él les refirió esta parábola, diciendo:4 «¿Qué hombre de vosotros, si tiene cien ovejas y se le pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto y va tras la que se perdió, hasta encontrarla?5 Cuando la encuentra, la pone sobre sus hombros gozoso,6 y al llegar a casa reúne a sus amigos y vecinos, y les dice: “Gozaos conmigo, porque he encontrado mi oveja que se había perdido”.7 Os digo que así habrá más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan de arrepentimiento.

Parábola de la moneda perdida

Lc. 15.8-10

8 »¿O qué mujer que tiene diez dracmas, si pierde una dracma, no enciende la lámpara, barre la casa y busca con diligencia hasta encontrarla?9 Y cuando la encuentra, reúne a sus amigas y vecinas, y les dice: “Gozaos conmigo, porque he encontrado la dracma que había perdido”.10 Así os digo que hay gozo delante de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente».

Parábola del hijo pródigo

Lc. 15.11-32

11 También dijo: «Un hombre tenía dos hijos,12 y el menor de ellos dijo a su padre: “Padre, dame la parte de los bienes que me corresponde”. Y les repartió los bienes.13 No muchos días después, juntándolo todo, el hijo menor se fue lejos a una provincia apartada, y allí desperdició sus bienes viviendo perdidamente.14 Cuando todo lo hubo malgastado, vino una gran hambre en aquella provincia y comenzó él a pasar necesidad.15 Entonces fue y se arrimó a uno de los ciudadanos de aquella tierra, el cual lo envió a su hacienda para que apacentara cerdos.16 Deseaba llenar su vientre de las algarrobas que comían los cerdos, pero nadie le daba.17 Volviendo en sí, dijo: “¡Cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen abundancia de pan, y yo aquí perezco de hambre!18 Me levantaré e iré a mi padre, y le diré: ‘Padre, he pecado contra el cielo y contra ti.19 Ya no soy digno de ser llamado tu hijo; hazme como a uno de tus jornaleros’ ”.20 Entonces se levantó y fue a su padre. Cuando aún estaba lejos, lo vio su padre y fue movido a misericordia, y corrió y se echó sobre su cuello y lo besó.21 El hijo le dijo: “Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, y ya no soy digno de ser llamado tu hijo”.22 Pero el padre dijo a sus siervos: “Sacad el mejor vestido y vestidle; y poned un anillo en su dedo y calzado en sus pies.23 Traed el becerro gordo y matadlo, y comamos y hagamos fiesta,24 porque este mi hijo muerto era y ha revivido; se había perdido y es hallado”. Y comenzaron a regocijarse.

25 »El hijo mayor estaba en el campo. Al regresar, cerca ya de la casa, oyó la música y las danzas;26 y llamando a uno de los criados le preguntó qué era aquello.27 El criado le dijo: “Tu hermano ha regresado y tu padre ha hecho matar el becerro gordo por haberlo recibido bueno y sano”.28 Entonces se enojó y no quería entrar. Salió por tanto su padre, y le rogaba que entrara.29 Pero él, respondiendo, dijo al padre: “Tantos años hace que te sirvo, no habiéndote desobedecido jamás, y nunca me has dado ni un cabrito para gozarme con mis amigos.30 Pero cuando vino este hijo tuyo, que ha consumido tus bienes con ramerías, has hecho matar para él el becerro gordo”.31 Él entonces le dijo: “Hijo, tú siempre estás conmigo y todas mis cosas son tuyas.32 Pero era necesario hacer fiesta y regocijarnos, porque este tu hermano estaba muerto y ha revivido; se había perdido y ha sido hallado”».

Parábola del mayordomo infiel

Lc. 16.1-12

1 Dijo también a sus discípulos: «Había un hombre rico que tenía un mayordomo, y este fue acusado ante él como derrochador de sus bienes.2 Entonces lo llamó y le dijo: “¿Qué es esto que oigo acerca de ti? Da cuenta de tu mayordomía, porque ya no podrás más ser mayordomo”.3 Entonces el mayordomo dijo para sí: “¿Qué haré?, porque mi amo me va a quitar la mayordomía. Cavar, no puedo; mendigar, me da vergüenza.4 Ya sé lo que haré para que, cuando se me quite la mayordomía, me reciban en sus casas”.5 Y llamando a cada uno de los deudores de su amo, dijo al primero: “¿Cuánto debes a mi amo?”.6 Él dijo: “Cien barriles de aceite”. Le dijo: “Toma tu cuenta, siéntate pronto y escribe cincuenta”.7 Después dijo a otro: “Y tú, ¿cuánto debes?”. Este contestó: “Cien medidas de trigo”. Él le dijo: “Toma tu cuenta y escribe ochenta”.8 Y alabó el amo al mayordomo malo por haber actuado sagazmente, porque los hijos de este siglo son más sagaces en el trato con sus semejantes que los hijos de luz.

9 »Y yo os digo: Ganad amigos por medio de las riquezas injustas, para que cuando estas faltan, os reciban en las moradas eternas.

10 »El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel; y el que en lo muy poco es injusto, también en lo más es injusto.11 Si en las riquezas injustas no fuisteis fieles, ¿quién os confiará lo verdadero?12 Y si en lo ajeno no fuisteis fieles, ¿quién os dará lo que es vuestro?

El rico y Lázaro

Lc. 16.19-31

19 »Había un hombre rico, que se vestía de púrpura y de lino fino y hacía cada día banquete con esplendidez.²⁰ Había también un mendigo llamado Lázaro, que estaba echado a la puerta de aquel, lleno de llagas,²¹ y ansiaba saciarse de las migajas que caían de la mesa del rico; y aun los perros venían y le lamían las llagas.²² Aconteció que murió el mendigo, y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham; y murió también el rico, y fue sepultado.

23 »En el Hades alzó sus ojos, estando en tormentos, y vio de lejos a Abraham, y a Lázaro en su seno.²⁴ Entonces, gritando, dijo: “Padre Abraham, ten misericordia de mí y envía a Lázaro para que moje la punta de su dedo en agua y refresque mi lengua, porque estoy atormentado en esta llama”.²⁵ Pero Abraham le dijo: “Hijo, acuérdate que recibiste tus bienes en tu vida, y Lázaro, males; pero ahora este es consolado aquí, y tú atormentado.²⁶ Además de todo esto, una gran sima está puesta entre nosotros y vosotros, de manera que los que quieran pasar de aquí a vosotros no pueden, ni de allá pasar acá”.

27 »Entonces le dijo: “Te ruego, pues, padre, que lo envíes a la casa de mi padre,²⁸ porque tengo cinco hermanos, para que les testifique a fin de que no vengan ellos también a este lugar de tormento”.²⁹ Abraham le dijo: “A Moisés y a los Profetas tienen; ¡que los oigan a ellos!”.³⁰ Él entonces dijo: “No, padre Abraham; pero si alguno de los muertos va a ellos, se arrepentirán”.³¹ Pero Abraham le dijo: “Si no oyen a Moisés y a los Profetas, tampoco se persuadirán aunque alguno se levante de los muertos”».

Parábola de la viuda y el juez injusto

Lc. 18.1-8

1 También les refirió Jesús una parábola sobre la necesidad de orar siempre y no desmayar,² diciendo: «Había en una ciudad un juez que ni temía a Dios ni respetaba a hombre.³ Había también en aquella ciudad una viuda, la cual venía a él diciendo: “Hazme justicia de mi adversario”.⁴ Él no quiso por algún tiempo; pero después de esto dijo dentro de sí: “Aunque ni temo a Dios ni tengo respeto a hombre,⁵ sin embargo, porque esta viuda me es molesta, le haré justicia, no sea que viniendo de continuo me agote la paciencia”».

6 Y dijo el Señor: «Oíd lo que dijo el juez injusto.⁷ ¿Y acaso Dios no hará justicia a sus escogidos, que claman a él día y noche? ¿Se tardará en responderles?⁸ Os digo que pronto les hará justicia. Pero cuando venga el Hijo del hombre, ¿hallará fe en la tierra?».

Parábola del fariseo y el publicano

Lc. 18.9-14

9 A unos que confiaban en sí mismos como justos y menospreciaban a los otros, dijo también esta parábola:¹⁰ «Dos hombres subieron al Templo a orar: uno era fariseo y el otro publicano.¹¹ El fariseo, puesto en pie, oraba consigo mismo de esta manera: “Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres: ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano;¹² ayuno dos veces a la semana, diezmo de todo lo que gano”.¹³ Pero el publicano, estando lejos, no quería ni aun alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: “Dios, sé propicio a mí, pecador”.¹⁴ Os digo que este descendió a su casa justificado antes que el otro, porque cualquiera que se enaltece será humillado y el que se humilla será enaltecido».